

ARQUITECTURA PÚBLICA Y DOMÉSTICA EN LAS QUEBRADAS DE PICA-TARAPACÁ: ASENTAMIENTO Y DINÁMICA SOCIAL EN EL NORTE GRANDE DE CHILE (900-1450 DC)

Leonor Adán A. *, Simón Urbina A. ** y Mauricio Uribe R. ***

RESUMEN

Se presenta el análisis arquitectónico de dos asentamientos localizados en los cursos medio y bajo de las quebradas de Camiña y Tarapacá. Los sitios registrados, Caserones-1 y Camiña-1, ilustran la variabilidad arquitectónica y funcional de las ocupaciones regionales. A través de ellos, intentamos aproximarnos a los procesos sociales de las poblaciones del Complejo Pica-Tarapacá (900-1450 DC) en el área Centro-Sur Andina, expresados por una dinámica segmentaria particular de acceso a los recursos y la naturaleza del paisaje constructivo propia de cada caso. Esto nos permite plantear dos modalidades en la estructura de las organizaciones sociales tarapaqueñas, una de fuerte raigambre en el Formativo Tardío, comunitaria a la vez que jerarquizada en Caserones; y otra más cercana a los desarrollos de Valles Occidentales y el Altiplano Meridional en Camiña, que representaría un nivel más doméstico en lo cotidiano y segregado de lo ceremonial, de naturaleza altiplánica y vinculado a los antepasados.

Palabras claves: Complejo Pica-Tarapacá, arquitectura, evolución social.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo nos planteamos como objetivo proporcionar una completa caracterización arquitectónica de dos asentamientos, el primero ubicado en la sección media del valle de Camiña y, el otro, a los pies de la quebrada de Tarapacá, siguiendo un protocolo y metodología que hemos implementado para diversas áreas y períodos (Cfr. Adán 1999, Ayala 2000, Adán y Urbina 2004, Adán y Urbina 2005Ms). En segundo lugar, nos interesa situar los desarrollos arquitectónicos Pica-Tarapacá en un contexto regional y hacerlos dialogar con las regiones vecinas. Por último, y en consideración al objetivo último de nuestro estudio, intentamos documentar materialmente la organización social de las poblaciones tardías, discutiendo la evolución social de los sistemas de asentamiento desde la tradicional y significativa ocupación formativa del área hasta los momentos tardíos.

El análisis arquitectónico que hemos realizado se enmarca en una investigación mayor cuyo principal propósito es analizar las diferentes materialidades del Período Intermedio Tardío para comprender arqueológicamente los sistemas sociales que desarrollaron estas poblaciones, en un caso particular como el de Pica-Tarapacá. Nuestro estudio aspira a contribuir a la comprensión crítica de las sociedades prehispánicas tardías del Norte Grande de Chile en el marco de los Andes Centro-Sur a través de la evaluación de

* Arqueóloga. Universidad Austral de Chile, Valdivia. E-mail: ladan@uach.cl

** Licenciado en Antropología con mención en Arqueología. E-mail: simon_ur@hotmail.com

*** Arqueólogo. Universidad de Chile, Santiago. E-mail: mur@uchile.cl

marcos hipotéticos generados por la arqueología y etnohistoria andinas (Uribe et al. 2002).

Los enfoques empleados para abordar la complejidad social de los sistemas andinos han privilegiado acercamientos ecológicos y económicos. Un soporte básico y compartido de estos trabajos es la máxima que afirma el ideal autárquico del hombre andino y el desarrollo de múltiples estrategias que permiten alcanzar este objetivo. Sin lugar a dudas las contribuciones de Murra (1975 y 1980) marcan un hito en la comprensión de las estructuras sociales y económicas andinas. Su enfoque inaugura una perspectiva, posteriormente retomada y transformada por otros autores, centrada en un análisis de sustentabilidad económica y complementariedad ecológica, de origen especialmente altiplánico. En muchos casos, no obstante, su inclusión ha sido meramente referencial sin una clara discusión sobre las diferencias ecológicas e históricas con el área en que ellas fueron formuladas, ni una clara línea argumental arqueológica que justifique tal proyección.

Una visión crítica es el marco interpretativo formulado por Núñez (1976 y 1985) y Núñez y Dillehay (1995), quienes enfatizan el rol del caravaneo en el establecimiento de redes de interacción social y étnica. Según el modelo de Movilidad Giratoria, el proceso de emergencia de sociedades complejas en el área Centro-Sur Andina no siguió el mismo rumbo de los Andes Centrales, con sistemas altamente estratificados y urbanos. Se postula un modo de vida propiamente Centro-Sur consistente en una sociedad móvil o giratoria de pastores-agricultores-caravaneros, involucrada en circuitos de intercambio que se expanden y contraen de acuerdo a las necesidades e ideales de complementariedad en un contexto ambiental inter-ecológico, pero diferencial. Con todo, las debilidades de este modelo han sido expuestas por sus mismos autores y constituyen un aliciente para el estudio que presentamos.

Enfoques concentrados en perspectivas más sociológicas han señalado que “las propuestas caravaneras son incuestionables como mecanismos de traslado de objetos de un punto a otro en el ámbito circumpuneño, pero no interpretan la realidad socio-política en la que este tráfico se desarrollaba” (Llagostera 1995:20), o bien que “las explicaciones acerca de los cambios en el asentamiento humano a través del tiempo no pueden centrarse únicamente en la relación cultura-medio ambiente, descuidando las relaciones sociales como elementos dinámicos y de cambio” (Albarracín-Jordán 1996:81). Este último autor plantea alternativamente un modelo de “jerarquías inclusivas” (Albarracín-Jordán 1996:81). De acuerdo a su propuesta, dentro de un contexto de múltiples tradiciones locales, las coaliciones de grupos se harían cada vez mayores, dando origen a niveles políticos de gran alcance e influencia:

“Los primeros siglos de nuestra era marcan un período de desarrollo que precisamente muestra el surgimiento de la fusión de segmentos, del cual surgen pequeñas hegemonías..., manteniéndose, sin embargo, las tradiciones locales” (Albarracín-Jordán 1996:317).

Ello plantea una crítica a la visión estática del ayllu y ha permitido el desarrollo de enfoques de carácter más analítico que nuevamente enfatizan las relaciones y estructuras sociales derivadas de la reflexión etnohistórica post-Murra. Los trabajos de

Platt (1987), Albó (1987) e Izko (1992), entre otros (Cfr. Uribe 1996), han sido significativos en la comprensión de los principios de la organización social andina, sobre todo para el Centro-Sur. De esta manera, se ha caracterizado la manifestación política del Estado Andino como una organización segmentaria, de fusión y fisión, integración y desintegración.

ARQUITECTURA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

En el contexto que hemos descrito y en el marco de una investigación arqueológica, sin lugar a dudas, el principal desafío es relevar los aspectos esenciales de la naturaleza y comportamiento de los diferentes ítems de la cultura material como indicadores de prácticas sociales, estrategias y modos de organización social. Es por ello que a continuación revisamos algunos antecedentes sobre las potencialidades de la arquitectura para comprender la naturaleza de las sociedades segmentarias en Pica-Tarapacá, las que luego operacionalizamos en la discusión de nuestro registro.

La premisa básica sobre la cual se asienta el ejercicio interpretativo en arqueología, sobre la arquitectura en este caso, es que la ocurrencia de prácticas recurrentes en espacios habitados y construidos crea patrones materiales reconocibles. Una de las aproximaciones más fructíferas al respecto es el estudio del patrón de asentamiento, empleado para realizar inferencias sobre organización política, social y religiosa de las culturas y que han entendido al asentamiento como unidad básica del análisis (Chang 1968 y 1976, Jochim 1981). El orden interno que refleja un conjunto de asentamientos a nivel espacial se define como patrón de asentamiento, el que a su vez es el resultado de la operación de ciertas reglas sociales. Siguiendo a Aldunate y colaboradores (1986), el conjunto de elecciones y decisiones que orientan el pensamiento y la acción de un grupo social, y que en definitiva norman cada una de sus expresiones de una manera definida permitiendo la generación de un patrón de asentamiento, constituye un sistema de asentamiento.

De acuerdo a Trigger, si el asentamiento constituye un sitio arquitectónico, son posibles tres niveles de análisis. En el primero se entienden los edificios individuales o estructuras como indicadores de la organización familiar, especialización productiva y variación de la organización social. Una segunda vertiente analiza la manera en que dichas estructuras se ordenan en comunidad, aportando a la comprensión de la organización de los linajes y la adaptación de la comunidad a su entorno natural y cultural. Por último, es posible abordar la distribución de los asentamientos o comunidades en el paisaje lo que indicaría la clase de organización sociopolítica, intercambio y conflicto entre comunidades (Trigger 1967: 151 y 1968: 55, 74). En este plano, las modalidades sincrónicas y diacrónicas que adoptan las formaciones sociales podrán ser definidas a partir de la correlación entre los tipos de vivienda con las formas de parentesco, y los planos de los asentamientos con la organización aldeana.

Por otra parte, el análisis espacial y los procesos donde interviene la arquitectura permiten comprender cómo los edificios son utilizados y manipulados por las relaciones sociales y los paisajes culturales, entendiendo que los atributos tecnológicos, de diseño y ordenamiento de las estructuras, otorgan y regulan la conducta de los distintos agentes que las utilizan (McGuire y Schiffer 1983, Nielsen 1995, Moore 1996, Adán 1999, LaMotta y Schiffer 2001). La noción de trabajo invertido es central en esta relación, ya

que es posible observar en los edificios distintas cualidades que remiten a la labor y costo social de su producción, uso, mantenimiento y abandono, y cómo participan estas propiedades en la estructuración permanente de la trama social (McGuire y Schiffer 1983). Las estructuras en una comunidad, de este modo, pueden ocultar o mostrar las diferencias de riqueza y rango, así como resaltar a las instituciones que allí operan.

Considerando el entramado social en el que participa activamente la arquitectura, uno de los acercamientos más sugerentes apunta a la forma en que ciertas cualidades técnicas y de diseño operan dentro del ámbito de las relaciones de poder (Cfr. Nielsen 1995). Como señala Nielsen, los edificios tienen la cualidad de expresar mensajes de poder asociados al prestigio de los grupos sociales, donde se definen categorías como lo común, lo exótico o lo reservado para ciertas construcciones particulares. Y, por otra parte, siendo un artefacto y escenario donde se desenvuelve la interacción social, constituye un recurso de cierto valor, diferencialmente disponible para las personas, otorgándoles distintas capacidades de acción frente al resto del grupo local y las comunidades foráneas.

A una escala mayor, la conformación de una red de localidades integradas (Adán 1999), con distintos grados de complejidad interna, permite realizar inferencias sobre la estructura, segmentación y diferenciación funcional del territorio habitado. Los indicadores de cómo se jerarquiza y segmenta un sistema de asentamiento, refieren a algunos rasgos como las redes de circulación intra e inter sitios y áreas de actividad comunales. De tal manera que la configuración jerárquica del sistema puede ser observada o entendida por la integración funcional, pero también por el contraste de tamaño, capacidad, densidad o complejidad interna de la(s) estructura(s) y los sitios, en relación a la distribución diferencial de espacios arquitectónicos de carácter público, habitacional o productivo (Cfr. Nielsen 1995).

En suma, las cualidades tecnológicas y de diseño de la arquitectura podrán ser evaluadas, por ejemplo, en la materialización de patrones diferenciales de consumo manifiestos en variaciones de tamaño, posición, elaboración y mano de obra invertida en la vivienda, así como en las características de los artefactos y desechos asociados, que puedan indicar diferencias en el acceso a recursos dentro de la comunidad. La premisa básica de la arqueología, entonces, es que la cultura material significa y señala la vida social como económica de los pueblos y sus diferentes segmentos.

ARQUITECTURA DE PICA-TARAPACÁ

A continuación presentamos la caracterización arquitectónica de los sitios registrados¹ organizando nuestra exposición en torno a las quebradas en que ellos se emplazan. De norte a sur, la quebrada de Camiña o Tana-Tiliviche, y la conocida quebrada de

¹ La recolección de datos se realizó durante diversas temporadas de campo (2003-2005). Para tales efectos se utilizó la ficha de registro arquitectónico propuesta para el Pucara de Turi por Castro y colaboradores (Castro et al. 1993: 86-87, 103-105), con ligeras modificaciones. Se consignó información referida a: 1) CROQUIS sin escala; 2) sobre la PLANTA: según forma, dimensiones y superficie; 3) sobre los PARAMENTOS: según hiladas y aparejos, observados siempre en los muros N; 4) sobre los VANOS: ancho dintel y orientación; 5) registro de ESTRUCTURAS Y ELEMENTOS COMPLEMENTARIOS; y 6) OBSERVACIONES GENERALES. Además, cada sitio se acompañó de un dibujo de planta preliminar, o bien de correcciones sobre planos existentes, y del registro fotográfico de rasgos arquitectónicos de interés. Los datos se sistematizaron en una base de datos en Microsoft Excel.

Tarapacá (Figura 1), entendiendo estas cuencas como unidades geográficas básicas sobre las cuales se han organizado y dispuesto distintos sistemas de asentamiento, muy bien documentados en el caso de Tarapacá (Núñez 1979). Siguiendo el marco teórico reseñado, nuestra apuesta final es que el estudio de ellas en su conjunto permite comprender los sistemas sociales segmentados que organizaron y aprovecharon este territorio, creando redes de asentamientos en cada quebrada, circuitos de movilidad y tránsito, así como estrategias de explotación de los recursos silvestres aledaños.

Quebrada de Tarapacá y Aldea de Caserones-1 (1.296 msnm)

Las investigaciones efectuadas en la quebrada de Tarapacá han constituido una suerte de modelo de las ocupaciones prehispánicas en esta región. Estudios realizados desde la década de 1960 registraron cerca de 70 sitios arqueológicos de diferente tipo y períodos, en el espacio comprendido entre la Pampa del Tamarugal y Pachica (True et al. 1970, Núñez, L. 1979). Schiappacasse y colaboradores (1989: 203) señalan que: “Tarapacá es la quebrada más importante y la que ha recibido una atención más sistemática de parte de los arqueólogos y debiera reflejar los acontecimientos ocurridos en toda ellas”.

Los períodos Tardíos han sido estudiados básicamente en el tramo inferior, entre Huarasiña y San Lorenzo, donde P. Núñez identifica las aldeas de Tarapacá-13, 13a, 15, 16, 44 y Tarapacá 49 ó Tarapacá Viejo (Núñez, P. 1983). Ello permitió la definición de una completa secuencia ocupacional desde el período Intermedio Tardío hasta el Hispano-Indígena (Núñez L. 1979, Núñez P. 1983 y 1984). De acuerdo a Núñez (1979) la ocupación tardía de la quebrada ocurre posterior al abandono de Caserones, hacia el 900 DC, registrándose nuevas aldeas en el sector de Huarasiña que aprovecharían nuevas vertientes y mayores tierras agrícolas. Se trataría de una ocupación *aguas arriba* acompañada de un planeamiento aldeano. De acuerdo a este autor, la proliferación aldeana en la quebrada de Tarapacá tiene directa relación con el control del agua, que requeriría cierta concentración del poder y una eficiente organización del trabajo productivo entre tierras bajas y altas. Al respecto se señala que:

“...el auge de esta expansión aldeana es parte de un complejo sistema de riego canalizado manejado por autoridades locales, que debieron organizar el circuito de riego dependientes de las jerarquías de tierras altas, donde esta misma quebrada asciende hacia los prestigiosos asentamientos tardíos establecidos en Chiapa, Sibaya, Guaviña, etc.” (Núñez 1979: 175).

En su prospección a la quebrada, entre otros yacimientos aledaños, Núñez (1966) destaca la complejidad arquitectónica de la *Aldea de Caserones*. Sus coordenadas UTM son 441400E/7790970N. Se indica que la aldea está rodeada por una doble muralla de circunvalación y en su interior de acuerdo a su sistematización se distinguirían al menos 355 recintos o estructuras en núcleos habitacionales. Observa que las bodegas o silos, tendrían forma circular y las habitaciones serían rectangulares con ángulos curvados, paredes colindantes, divisiones internas y superficies variadas. También indica la existencia de dos grandes estructuras rectangulares con techo a dos aguas de posible

data incaica o histórica². En suma, este autor a partir del trazado general de la aldea y una división central a manera de patio despejado, distingue tres sectores:

“uno occidental que puede tratarse como producto de una planificación específica; el central que concentra el mayor número de viviendas, sin ordenamiento, y con dos murallas perpendiculares a la quebrada que limitan con un gran patio encerrado; y las viviendas del sector oriental más estrechas y sin ordenamiento” (Núñez 1966: 26).

Con posterioridad a este primer informe, Núñez (1982) describe la secuencia arquitectónica de construcción del poblado en cuatro períodos entre el 1000 AC al 1200 DC, haciendo hincapié en la expansión habitacional y la capacidad de almacenaje de las estructuras, entre otros rasgos arquitectónicos que acusan el desarrollo de una complejidad social creciente. La fisonomía final del sitio, representada en el período III (0-600 DC), expresaría una *voluntad semiurbana* (Núñez 1982: 88). En el período IV (600-1200 DC), se registraría el término de las obras de amurallamiento defensivo, así como su abandono en una fecha cercana a los 900 DC, sin que se conozcan sus causas hasta hoy (Núñez 1982: 90).

De acuerdo a nuestra sistematización la aldea se compone de 636 estructuras entre las que se incluyen recintos propiamente tales y espacios entre-recintos (Figura 2). Ellos se encuentran delimitados por un muro perimetral hacia el SE, con una superficie de 37.500 m², lo que señala un patrón muy aglomerado de 170 recintos por hectárea (Cuadro 1). El conjunto forma básicamente tres conglomerados o recintos que se van aglutinando por muros contiguos o colindantes. En el extremo NE separados por una vía de circulación se define un conjunto compuesto por los recintos 1 al 83, y el segundo por los recintos 84 al 179. Un tercer conglomerado es el que se localiza hacia el W del sitio definido por un sector central sumamente aglutinado conformado por los recintos 180 al 351, un sector contiguo con una disposición más longitudinal al sitio entre los recintos 354 y 504, y por último un sector organizado luego de una formación de túmulos, recintos 511 al 593, que llega a unirse con el muro perimetral.

Los paramentos se construyeron en piedra (Cuadro 2), mayoritariamente anhidrita con la inclusión de andesita y basalto en la sección inferior de los muros a modo de fundaciones (por ejemplo, recintos 37 y 344). Un dato interesante es la presencia de grandes piedras como pilares estructurales, así como muchos postes de madera configurando parte integral de los muros, rasgo presente en los diversos conjuntos de la aldea (por ejemplo, recintos 6, 114, 288 y 598). Se observan muros simples y dobles en similares proporciones. Entre estos últimos dominan los muros dobles con relleno, indicación de una importante inversión de energía en la edificación de los recintos. Sobre el aparejo, ellos tienden a ser sedimentarios y rústicos en frecuencias cercanas, con una importante ocurrencia de muros con revoque de barro, característica que podría ser aún mayor considerando las condiciones de conservación que afectan este rasgo.

² Sin embargo, de acuerdo a nuestro análisis que considera el cien por ciento de la arquitectura, el diez por ciento de los recintos recolectados en superficie y 13 pozos de sondeo, no existen evidencias materiales que avalen una ocupación incaica, tardía o histórica en la aldea como notaba Núñez en 1966. No obstante, la arquitectura pudo ser reocupada por poblaciones de dichas épocas.

La forma de planta dominante es la rectangular, subrectangular y cuadrangular presentando un 87% de frecuencia, le siguen las plantas irregulares con un 6% de ocurrencia y tan sólo con un 5% estructuras de planta circular, las que pese a su escasa frecuencia son interesantes por su clara definición y diferencia con el conjunto general (Cuadro 3). Respecto de los tamaños, el registro acusa una importante variabilidad; la mayor cantidad de recintos presenta dimensiones entre los 10 a los 20 m², seguidos cercanamente por recintos menores a los 10 y los 5 m². Entre los 20 y los 40 m² se agrupan 96 estructuras que constituyen un 15% de la muestra, al igual como ocurre con aquellos de más de 40 m² (Cuadro 4). Respecto de los tamaños los diferentes conglomerados presentan un comportamiento bastante similar, con algunas diferencias significativas. El conjunto 1-83 es el que presenta la mayor frecuencia de recintos pequeños con un tercio de la muestra, las estructuras entre los 10 y los 20 m² ascienden en el conjunto 84-179 por cerca de 10% con relación a los otros conjuntos, y finalmente el conjunto 180-593 presenta el mayor porcentaje de grandes estructuras. Respecto de las formas, coincidentemente con los tamaños y posibles silos, las formas circulares se encuentran mayormente representadas en el conjunto 1-83; las irregulares tienden a disminuir hacia el W de la aldea; mientras que el porcentaje de plantas rectangulares tiene el mismo comportamiento en la totalidad del conjunto (Cuadros 5 y 6). Lo anterior, entonces, indica un importante nivel de uniformidad funcional en la configuración final del asentamiento, tal como podemos registrarlo arqueológicamente. Los eventos de reconstrucción que debieron ocurrir durante el importante lapso en que fue ocupada la aldea aparentemente configuraron hacia el final de la ocupación un panorama regularmente homogéneo, lo que nos hace pensar que las poblaciones de inicios del Intermedio Tardío probablemente reocuparon discontinuamente la totalidad de la aldea.

En términos de funcionalidad si cruzamos formas con tamaños vemos que las plantas de pequeñas dimensiones entre los 0-5 m² y los 5-10 m², probablemente correspondientes a subestructuras a modo de silos, presentan un dominio de las plantas rectangulares, seguidas de las cuadrangulares y las subrectangulares. Por otra parte, las formas ovales tienden a concentrarse en las estructuras de menores dimensiones hasta los 5 m² lo que indica que dicha forma es sólo seleccionada para estructuras tipo depósitos (Cuadro 7). Estas categorías de tamaño son las que dominan en el conjunto sumando casi la mitad de las estructuras registradas (Cuadro 4), lo que evidencia la importancia de las prácticas de almacenaje del sitio, las que se efectúan al interior o contiguas a los espacios habitacionales. A lo anterior se suma la continua presencia de pozos-silos en los recintos. Un buen ejemplo de estos elementos se registra en el recinto 295, correspondiente a una estructura rectangular de unos 25 m², emplazada en el sector central del asentamiento, donde se localizaron seis de estos silos en la superficie del recinto. Éstos presentan diámetros entre los 60 y los 30 cm. y profundidades entre los 70 y los 20 cm. Si se trata de estructuras de uso doméstico es probable que ellos fueran cubiertos o tapados de tal manera de permitir la circulación en el recinto.

Las estructuras de tamaños medios a medio a grandes, 10 a 20 m² y 20 a 40 m² respectivamente, que corresponderían a estructuras de tipo doméstico como habitaciones y espacios abiertos de extensión del espacio habitacional, presentan una similar distribución de formas en las que dominan las plantas subrectangulares y rectangulares, seguidas de las cuadrangulares (Cuadro 7). Se observan estructuras aisladas que se van conglomerando, además de los recintos que pueden contener subestructuras al modo de depósitos. Estos recintos complejos se presentan igualmente

en la siguiente categoría de tamaño, en recintos de más de 80 m², lo que podría estar indicándonos recintos con almacenaje menores asociados a unidades domésticas y otros mayores usados por más de una unidad doméstica. Entre estos últimos es interesante además la relación que establecen los conjuntos 390, 387, 374 y 467 con el muro perimetral lo que refuerza nuestra idea de espacios comunales. Las formas circulares, subcirculares y ovales son prácticamente inexistentes en esta categoría de tamaños. Es posible además que en esta misma categoría se localicen espacios entre-recintos y vías de circulación (Cuadro 7). Por último, los tamaños mayores entre los 40 y los 60 m² y de más de 60 m² presentan una menor ocurrencia (Cuadro 4), y probablemente están documentando tres categorías funcionales como espacios domésticos amplios, patios o plazas de uso comunitario y espacios entre-recintos. Igual que en la totalidad de la aldea las formas dominantes son las plantas rectangulares y subrectangulares, aunque hay una significativa frecuencia de formas irregulares lo que es coherente con estructuras correspondientes a espacios entre-recintos que se definen irregularmente como negativo de los recintos propiamente tales (Cuadro 7).

Quebrada y Aldea de Camiña (2.412 msnm)

La quebrada de Camiña, adscribible culturalmente a la región de Valles Occidentales (Múñoz 1989, Mujica 1990), forma parte de los cinco valles transversales que atraviesan el desierto para llegar al mar en el extremo norte de Chile. Camiña o Tana es el más meridional de ellos, al sur del cual se extiende la Pampa del Tamarugal por cerca de 300 kilómetros (Niemeyer 1989). Tales condiciones debieron constituir a Camiña-Tana-Tiliviche en un espacio privilegiado para la ocupación humana con fechas desde el Arcaico hasta períodos históricos como está documentado en Pisagua Viejo (Cfr. Núñez 1965, Núñez y Moragas 1977, Moragas 1997 y 2004, Adán y Urbina 2004). El valle de Camiña, específicamente, se ubica en la depresión intermedia y ocupa el sector medio de la quebrada homónima, dentro de un ámbito desértico que ingresa a la sierra (Villagrán et al. 1999).

Referencias sobre la Aldea de Camiña-1 se encuentran sólo en la prospección de Núñez en 1965. Allí se describe el sitio como un poblado con recintos habitacionales de planta preferentemente rectangular emplazado en el sector de Juanca al NW del actual pueblo de Camiña. Los recintos estarían asociados a tumbas aisladas y bloques con pircas; se describe igualmente la existencia de murallas defensivas periféricas (Núñez 1965: 20).

El registro arquitectónico que efectuamos nos permitió identificar un importante conglomerado habitacional sobre una loma localizada en el talud N de la quebrada, a corta distancia del pueblo (Figura 3). Sus coordenadas UTM son 454160E/7864630N. En un marco más amplio, la aldea se acerca formalmente a aquellas descritas para la sierra ariqueña como Huaihuarani, Tangani, MolleGrande y Vila-Vila (Schiappacasse et al. 1989). Junto a ello, presentan similitudes en el sistema de asentamiento articulando poblados con otros asentamientos y cementerios de chullpas y cistas (Schiappacasse et al. 1989, Múñoz 1996), como ocurre con los cementerios de Laymisiña, Nama Usamaya-1 (Sanhueza y Olmos 1979) y Sitani (Ayala 2001), los dos últimos ubicados en el altiplano de Isluga.

El sitio se compone de 588 estructuras organizadas básicamente en dos sectores divididos por una vía de circulación edificada (Figura 3). Los recintos se encuentran sumamente aglutinados con una densidad de 184 recintos por hectárea, constituyendo el asentamiento más denso de los que hemos trabajado en la zona (Cuadro 8). La construcción en ladera requirió de aplicar técnicas de aterrazamiento en diferentes secciones de la quebrada. Adicionalmente, la aldea se encuentra levantada en un sector con abundantes bloques rocosos de grandes dimensiones los que fueron integrados en el plan final de la aldea como elementos constructivos y como soporte para petroglifos (Vilches y Cabello 2004).

Los muros fueron contruidos con piedras del lugar y relleno del piso. Dominan los muros de hilada simple con un 60% del total, y con cerca de un tercio aparecen los muros dobles rellenos. El aparejo usado es rústico, mientras que aquellos que requieren mayor inversión como los celulares y sedimentarios son prácticamente inexistentes (Cuadro 12). Lo anterior acusa procedimientos constructivos expeditivos, sin la aplicación de procedimientos técnicos más complejos. Todo este conjunto edificado se distribuye entre vías de circulación claramente definidas en algunos sectores y corredores que en algunos casos se encuentran rellenos, probablemente hasta el nivel de las techumbres de los recintos circundantes para acceder a ellos. Más aún, una de estas vías, casi al centro del asentamiento, exhibe altos muros dividiendo al sitio en un sector N y otro S.

La forma dominante de las plantas es la irregular y subcircular, cada una de ellas con cerca de un 20% de frecuencia. Las plantas circulares, ovals y elipsoidales suman un 23,7%. El trazado rectangular es menos frecuente aunque en su conjunto la totalidad de las formas de este tipo corresponden al tercio restante (Cuadro 9). Las formas de planta se distribuyen de manera sumamente homogénea (Cuadro 10), tanto en los sectores S como N, lo que sería indicación de que ambos reproducen similares funciones. Aún no sabemos si existen diferencias cronológicas entre ambos conjuntos; no obstante éstas no se reflejarían en cambios en el patrón arquitectónico.

Respecto a los rangos de tamaño y las plantas con miras a entender la dimensión funcional de los recintos, observamos las siguientes distribuciones significativas (Cuadro 11). Los recintos menores hasta los 5 m² que corresponderían a silos o depósitos y oquedades asociadas a bloques rocosos, algunos con restos humanos, privilegian ostensiblemente las formas circulares y subcirculares. Una situación similar es la que presenta el siguiente rango aunque en éste dominan las plantas irregulares. Los probables espacios domésticos hasta los 20 m², muestran mayoritariamente formas circulares o cercanas con cerca de un 40%, un segundo rango significativo lo exhiben las plantas rectangulares o subrectangulares con cerca de un 28%, seguidas de los espacios de forma irregular. Análoga distribución se documenta para las formas entre los 20 y los 40 m². Las formas de mayores tamaños que podrían corresponder a espacios públicos, aunque escasos, se concentran en recintos de planta rectangular a subrectangular.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Entre los aspectos que nos parecen cruciales en el análisis de la arquitectura como indicador de evolución y complejidad social, el primero de ellos apunta a caracterizar la

expresión arquitectónica desde una perspectiva diacrónica, recogiendo los disímiles sustratos históricos que enfatiza cada sector de la amplia región que compromete el Complejo Pica-Tarapacá. Las configuraciones arquitectónicas documentadas reflejan la adscripción a ciertas tecnologías constructivas, algunas de marcado carácter tradicional e innovadoras en otras, las que son indicación de cierto funcionamiento de las unidades domésticas y, a un nivel mayor, de la comunidad en la que participan. Un segundo aspecto, muy vinculado al anterior, se refiere a la relación de los asentamientos en el contexto ambiental en que se localizan, lo cual, entre otras cosas, permite la sustentación económica de las sociedades que habitaron los asentamientos, sea ello a través de la explotación y producción de recursos, como también por medio de estrategias que aluden al tráfico de mediana y gran escala, que propicia su especial locación. Todo lo anterior nos da una idea básica de la evolución de la arquitectura y del sistema de asentamiento en la región, ejemplificados por Tarapacá y Camiña, lo cual nos permite identificar unas tres a cuatro modalidades de organización espacial y social de las poblaciones Pica-Tarapacá.

La aldea de Caserones, con fechas absolutas desde los años 350 AC hasta el 900 DC (Núñez 1982, Barón 1986), representa el traslape de una tradición arquitectónica Formativa con el período Intermedio Tardío. Parte de los rasgos que la caracterizan perduran en asentamientos tardíos de la quebrada de Tarapacá como Tr-13 y Tr-13a (Núñez, P. 1983). Caserones-1 corresponde a una tradición arquitectónica de edificación en plano y trazado de planta eminentemente rectangular. A juzgar por la diversidad de tamaños podemos inferir variabilidad funcional que indistintamente privilegian las plantas subrectangulares o rectangulares. Características del área de emplazamiento, como las superficies planas, así como el tipo de materiales empleados en los muros, piedras seleccionadas y trabajadas para vanos, postes en los muros y revoque, son indicación de una importante inversión de energía en el sentido que no se trata de asentamientos de edificación expeditiva a diferencia de lo que ocurre en sitios de más al norte donde domina el uso de la quincha, como en el valle de Azapa, e inclusive en aquellos costeros revisados por nosotros como Pisagua N (Cfr. Schiappacasse et al. 1989, Adán y Urbina 2004).

La presencia de un muro perimetral evidencia una intención por delimitar un espacio social, quizá defenderlo, con inversión de energía comunal y organización de esa fuerza de trabajo, adoptando e implantando una opción de diseño única para cumplir requerimientos funcionales. Las características generales de los muros de los recintos en cuanto a número de hiladas y tipo de aparejo, por otra parte, reflejan en general un procedimiento poco normado, reflejado en los diferentes procedimientos empleados para los mismos tipos de estructuras. Así, es posible plantear que de manera contemporánea operan prácticas constructivas implementadas por una comunidad organizada, como el muro perimetral y las dos plazas del sector sur, y otras a nivel de las unidades domésticas que parecen resolver sus requerimientos habitacionales con cierto margen de variabilidad en las prácticas técnicas. Otro elemento interesante es la presencia de dos grandes estructuras colindantes, al modo de plazas, localizadas en el sector norte del asentamiento y de las cuales se conservan aún altos muros. Éstas representan eventos de arquitectura pública, señalando la ocurrencia de un espacio de uso comunal situado en una posición importante de la aldea, bastante separado del espacio habitacional. Este espacio público constituye en efecto un continente vacío, el que periódicamente puede ser repletado por prácticas y grupos sociales que indistintamente requieran/intenten reflejar homogeneidad o diferenciación social.

En un contexto más amplio, Caserones-1 indudablemente participa de un desarrollo Formativo bien representado en la región tarapaqueña, tanto en la quebrada homónima como en el resto de la Pampa. Los sitios Guatacondo-1 (Mostny 1970) y Ramaditas (Rivera et al. 1995-1996) junto a Pircas (Núñez 1984), configuran una importante ocupación de este territorio durante el período Formativo. Indudablemente podemos encontrar rasgos comunes en ellos como la presencia de plazas o espacios públicos y muros perimetrales; no obstante, lo interesante es que la solución técnica y formal de tales requerimientos son singulares a cada sitio. Así vemos comunidades que comparten nociones comunes de cómo organizar el espacio habitado, pero que por otro lado son lo suficientemente particulares e independientes en su resolución. Aparecen como grupos sociales independientes, autárquicos, fuertemente volcados hacia conocimientos y tradiciones heredadas.

Una segunda situación es la que define el complejo habitacional de Camiña-1, localizado en la quebrada homónima. La arquitectura de este sitio presenta elementos que lo vinculan a la región serrana de Arica, con asentamientos en laderas, uso mayoritario de la piedra y definición de conglomerados principalmente de planta circular. Están presentes además cistas en Camiña-1 y chullpas en el vecino cementerio de Laymisiña, también descritas para las quebradas altas de Arica. Dichos rasgos se distribuyen en Belén, Tignamar, Oxa, Codpa, Camarones y Nama (Schiappacasse et al. 1989: 191-195). En este contexto el aserto establecido por Schiappacasse y colaboradores (1989: 204), en el sentido que la quebrada de Camiña representaría un sector transicional entre la Cultura Arica y el Complejo Pica-Tarapacá, puede enriquecerse señalando que las quebradas altas de Arica y Tarapacá aparecen como una sección longitudinal, donde la arquitectura aparece como un elemento unificador, lo cual seguramente tiene relación con un modo de vida de tierras altas igualmente compartido. Por lo mismo, resulta indudable la distancia formal que exhibe la arquitectura de Caserones-1, Tr-13 y Tr-13a (Núñez, P. 1983) frente a Camiña-1, por lo cual no parecen estar emparentadas. La arquitectura de quebrada que representa Camiña más bien evoca una innovación del patrón formativo de Tarapacá, vinculada al ingreso de una tradición altiplánica.

En términos de los atributos, elementos y patrones arquitectónicos que hemos sistematizado, observamos en Camiña-1 una construcción más expedita o simple y una menor inversión de energía en su edificación, lo cual suponemos tiene relación con el modelo clásico que se ha usado para interpretar la dinámica de las tierras altas, ejemplificado por el modelo de control vertical (Murra 1980), mostrando una mayor movilidad de estas poblaciones. Ello se refuerza además por la presencia variada de ítems muebles, como la cerámica, que los ligan al Altiplano Meridional, particularmente Pacajes y Carangas. Así, Camiña-1 se caracteriza por estar edificado en una ladera con numerosos bloques rocosos que han sido empleados en la configuración arquitectónica del sitio, acusando un menor trabajo en la preparación del área de edificación, excluyendo la construcción de necesarios sistemas de aterramiento bien conocidos en las tierras altas. Tal situación se refleja adicionalmente en la dominancia de los muros de hilada simple y aparejo rústico, pero sobre todo de las plantas circulares o subcirculares (McGuire y Schiffer 1983). No obstante, el sitio documenta una importante variabilidad en el tamaño de las plantas, lo que señala una diversidad funcional propia de asentamientos habitacionales complejos. Destaca la alta ocurrencia de pequeñas estructuras indicación de que las prácticas de almacenaje son funcionales al

sistema económico social; pero, es relevante la ausencia de grandes espacios públicos, sólo representados en la parte alta del asentamiento, lamentablemente muy intervenidos, por lo cual suponemos que eventos de congregación comunitaria son de menor importancia o se realizan fuera del poblado. Y, que la sacralización de los espacios de uso cotidiano, por entierros de difuntos al interior de las viviendas, se resuelve a nivel de la unidad doméstica. De hecho, la gran presencia de arte rupestre al interior del conglomerado y a lo largo de la quebrada (Vilches y Cabello 2004), representa una variación con Caserones-1, denotando una actividad relativa a lo ceremonial distinta y más cotidiana, que suponemos son una expresión de la noción de asentamiento y territorio de estas poblaciones quebradeñas. Con todo, la presencia de una importante vía de circulación que divide la aldea en dos sectores es señal del principio andino de bipartición aplicado al asentamiento, característica que también vemos reflejada en Tarapacá en los sitios Tr-13 y Tr-13a de Huarasiña (P. Núñez 1983), denotando la articulación de ambas tradiciones y sus respectivas poblaciones.

En términos del sistema de asentamiento, los sitios analizados documentan dos situaciones distintas que forman parte de la historia tardía de la región tarapaqueña y que pueden ser hipotéticamente relacionadas con cierta organización socioeconómica conspicua a cada caso. El primero de ellos se relaciona con lo que llamamos Tradición Arquitectónica Formativa, la cual desde el punto de vista del paisaje se encuentra en estrecha interdependencia con la explotación de los recursos de la Pampa del Tamarugal. Este sistema del cual es heredera la ocupación tardía de Caserones-1, correspondiente al Período Intermedio Tardío Inicial (ca. 900-1200 d.C.), configura asentamientos únicos en términos de su composición arquitectónica, ya sea de patrón circular conglomerado en Guatacondo-1 o disperso en Ramaditas, de patrón rectangular conglomerado en Caserones-1 y/o de patrón rectangular disperso en Pircas. Ello nos hace pensar en comunidades volcadas hacia sí mismas en la que vemos cierta independencia o autarquía en la organización de sus sistemas económicos y sociales. Estos asentamientos, no obstante, comparten un hecho significativo que es la presencia de arquitectura pública, de mayor envergadura en Guatacondo-1 y Caserones-1 como está documentado en las plazas, situadas en una sección relevante de cada sitio. La presencia de elementos arquitectónicos como los muros perimetrales en Guatacondo y Caserones hacen necesaria la organización y ejecución de trabajo comunitario, tanto para su construcción como para su uso y mantención, sugiriendo la existencia de comunidades organizadas en las que la resolución de sus acuerdos sociales y económicos operó, al menos en parte, en escenarios de congregación social.

Llegado a este punto parece importante reiterar las plazas como espacios públicos despejados, continentes en que es posible expresar u ocultar homogeneidad o heterogeneidad social, por lo cual otros ítems muebles como textiles y cerámica requieren ser integrados para una interpretación más concluyente. Es probable que en este contexto, la presencia de arquitectura pública sea funcional a la regulación de las prácticas de recolección en un intento por mantener la inherente vulnerabilidad de los recursos silvestres ante importantes presiones (Hardin 1968). Coincidente con lo anterior, es relevante en Caserones-1 la alta frecuencia de silos y depósitos edificados al interior de los conjuntos domésticos. Más aún, el patrón de estructuras compuestas con silos en la superficie y depósitos edificados se reproduce en recintos menores y otros mayores, lo que quizás es indicación de distintos niveles de almacenaje, uno más familiar y otro más comunitario. La importancia del almacenaje para estas poblaciones, práctica distinta aunque en parte base de las estrategias de acumulación, debió por tanto

estar estrechamente relacionada con la explotación de los recursos de recolección que ofrece la Pampa.

Por su parte, Camiña-1 participa de un sistema de asentamiento diferente que entendemos posterior, caracterizando el momento más clásico del Intermedio Tardío (1200-1450 DC). Las ideas presentadas por Lautaro Núñez (1979, 1982) y Patricio Núñez (1983) hace ya más de 20 años sobre la ocupación de la quebrada de Tarapacá son útiles para entender este segundo sistema. De acuerdo a los autores, la ocupación de la quebrada tarapaqueña hacia los momentos tardíos comienza a ascender, lo que expresaría una consecuente desvalorización de los recursos de la Pampa del Tamarugal (en consideración a la preponderancia de éstos en momentos formativos), así como la emergencia de sistemas económicos fuertemente basados en la producción agrícola. Esta suerte de desvalorización de los recursos de la Pampa, seguramente relacionados con niveles de inestabilidad económica y social que ofrecían los recursos de la recolección en un contexto de mayor presión demográfica, se ve aparejada con la relevancia que adquiere en los momentos tardíos las redes de tráfico basadas en sistemas de caravanas, donde las ocupaciones de la quebrada de Tarapacá parecen ocupar un lugar central. La posterior ocupación incásica de Tarapacá Viejo en este escenario refuerza la idea de la importancia de la quebrada en términos de la producción económica y paralelamente en la fuerza de trabajo (Cfr. Núñez, P. 1984).

La quebrada de Camiña aparece participando de una esfera cultural de tierras altas junto con las manifestaciones registradas en la sierra de Arica. Allí observamos una sociedad alejada del sustrato y la complejidad formativa de la Pampa y sus oasis, que irrumpe con un patrón arquitectónico distinto basado en una construcción expeditiva en ladera y en la dominancia de los conglomerados de planta circular. A diferencia de lo que ocurre en Tarapacá en esos momentos, Camiña-1 corresponde a un gran asentamiento con cerca de 600 estructuras entre las cuales 200 son depósitos acusando la importancia de los principios de conservación y almacenaje, derivados de una importante producción agrícola manifiesta en los complejos de terrazas y canales arqueológicos. Sin embargo, aquí los grandes espacios públicos edificados están ausentes del espacio habitacional, pero por otra parte, aparecen sitios como Laymisiña y Nama, con chullpas rectangulares de barro y cementerios de cistas circulares de piedra, que además de constituirse en espacios de congregación social por sí mismos, vinculados al culto de los antepasados, ligan este sistema a expresiones propias del altiplano.

En resumidas cuentas, vemos en este segundo sistema de asentamiento, del que también participan sitios como los Pucara de Chusmisa y Mocha (Moragas 1993), correspondiente a la parte alta de Tarapacá, o bien el Pucara de Jamajuga o Cerro Gentilar en la quebrada de Mamiña (Moragas 1993, Niemeyer 1961), una ocupación que sube por la quebrada apoyado en una producción agrícola que seguramente está compitiendo por aguas y tierras cultivables, aparejada a una desvalorización o al menos un distanciamiento espacial de los recursos y el manejo de los bosques de la Pampa. Arquitectónicamente la traza rectangular presente desde el Formativo se mantiene vigente sólo en sitios de menor tamaño y aumenta la introducción de la planta circular de tierras altas, reproduciendo nociones andinas básicas que probablemente documentan, además de la segmentación de la población con fines productivos, una variabilidad acorde a un sistema económico mucho más especializado como heterogéneo. La sobreproducción agrícola, la mantención de las prácticas de

recolección, el funcionamiento de redes de tráfico y las manifestaciones de arte rupestre, confirman para Pica-Tarapacá un sistema social complejo, culturalmente diverso, segmentado, no igualitario y en claro un proceso de expansión elocuente en su historia arquitectónica.

Valdivia-Santiago, Noviembre, 2005.

AGRADECIMIENTOS

A las autoridades y población de Camiña y Huarasiña por permitirnos el trabajo en lugares de relevancia patrimonial para sus comunidades. A Claudia del Fierro por los dibujos de planta y fotografías de campo. Al profesor Luis Cornejo y los alumnos del Tercer año de Arqueología de la Universidad de Chile, año 2004, por su recolección de datos, a Carolina Vásquez por la elaboración de las bases de datos, a Eugenio Pavlovic y Wilson Leyton por la taquimetría.

BIBLIOGRAFÍA

Adán, L.

1999. Aquellos antiguos edificios. Un acercamiento arqueológico a la arquitectura prehispánica tardía de Caspana. Estudios Atacameños 18: 13-34, San Pedro de Atacama.

Adán, L. y S. Urbina

2004. Historia arquitectónica de la localidad de Pisagua (I Región, Chile): Una tradición olvidada en los Períodos Tardíos del Área Pica-Tarapacá. Ponencia presentada en XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Río Cuarto.

2005. Arquitectura, asentamiento y organización social en las quebradas tarapaqueñas durante los períodos tardíos. Análisis arquitectónico de los sitios Camiña-1, Laymisiña, Carora, Tarapacá Viejo, Caserones-1 y Jamajuga. Informe de avance proyecto Fondecyt 1030923-Año 2. Investigador responsable: M. Uribe. Santiago, Manuscrito.

Albarracín-Jordán, J.

1996. Tiwanaku. Arqueología regional y dinámica segmentaria. Editorial Plural, La Paz.

Albó, X.

1987. Formación y evolución de lo aymara en el espacio y en el tiempo. Debates Andinos 5, Cusco.

Aldunate, C., J. Berenguer, V. Castro, L. Cornejo, J. L. Martínez y C. Sinclair

1986. Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior. Dirección de Investigación y Bibliotecas de la Universidad de Chile, Santiago.

Ayala, P.

2000. Reevaluación de las Tradiciones Culturales del Período Intermedio Tardío en el Loa Superior: Caspana. Memoria para optar al Título Profesional de Arqueóloga. Santiago, Universidad de Chile.

2001. Estudio arquitectónico de la chullpas de Isluga (I Región) Período Intermedio Tardío. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 67-77, Santiago.

Barón, A.

1986. Tular: posibilidades y limitaciones de un ecosistema. *Chungara* 16-17: 149-158, Arica.

Castro, V., F. Maldonado y M. Vásquez

1993. Arquitectura del Pukara de Turi. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 79-106, Temuco.

Chang, K. C. (Ed.)

1968. *Settlement Archaeology*. Palo Alto, California, National Press Books,.

Chang, K. C.

1976. *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid, Alianza Editorial.

Hardin, G.

1968. The Tragedy of the Commons. *Science* 162:1243-1248.

Izko, X.

1992. La doble fornera. Ecología, política y ritual en el altiplano central. La Paz, Hysbol/Ceres.

Jochim, M.

1981 *Strategies for survival: cultural behaviour in an ecological context*. New York, Academic Press.

LaMota, V. y M. Schiffer

2001. Behavioral Archaeology: Toward a new synthesis. En: I. Hodder (Ed.), *Archaeological Theory Today*. Polity Press.

Llagostera, A.

1995. San Pedro de Atacama: modo de complementariedad reticular. En *Integración surandina: cinco siglos después*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Corporación Norte Grande, Taller de Estudios Andinos, pp. 17-42. Universidad Católica del Norte, Cuzco-Antofagasta.

Mcguire, R. y M. Schiffer

1983. A Theory of Architectural Desing. En *Journal of Anthropological Archaeology* 2: 227-303.

Moore, J. D.

1996. *Architecture and power in the Ancient Andes. The archaeology of public buildings*. Cambridge, Cambridge University Press.

Moragas, C.

1993. Antecedentes sobre un Pukara y estructuras de cumbre asociadas a un campo de geoglifos en la quebrada de Tarapacá, área de Mocha, I Región. Boletín del Museo Regional de la Araucanía 4, Tomo II: 25-39, Temuco.

1997. Pisagua: evaluación de yacimientos arqueológicos. Arica, CORDENOR. Manuscrito.

2004. Reconocimiento arqueológico en el litoral de Pisagua, I Región. En Prensa.

Mostny, G.

1970. La subárea arqueológica de Guatacondo. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural XXIX, 16: 271-287, Santiago.

Mujica, E.

1990. Presentación. Gaceta arqueológica Andina 18-19: 7-10, Lima.

Muñoz, I.

1989. El período formativo en el Norte Grande (1.000 aC a 500 dC). En: J. Hidalgo et al. (Eds.), Culturas de Chile. Prehistoria: 107-128. Santiago, Editorial Andrés Bello.

1996. Asentamientos e interrelaciones culturales: una aproximación al proceso prehispánico tardío en la sierra de Arica. Tawantinsuyu 2: 44-58, Canberra.

Murra, J. V.

1975. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. Formaciones económicas y políticas del mundo Andino. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1980. La organización económica del estado inca. Traducida por Daniel R. Wagner. D. F. México Editorial Siglo Veintiuno.

Niemeyer, H.

1961. Excursiones a la sierra de Tarapacá. Arqueología, toponimia y botánica. Universitaria XLVI: 97-114. Santiago.

1989. El escenario geográfico. En: J. Hidalgo et al. (Eds.), Culturas de Chile. Prehistoria: 1-12. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Nielsen, A.

1995. Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En: J. M. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen, Expanding Archaeology: 47-66. Salt Lake City, U. of Utah Press.

Núñez, L. y T. Dillehay

1995 [1978]. Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica. Antofagasta, Universidad Católica del Norte.

Núñez, L.

1965. Prospección arqueológica en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 9-35. Antofagasta.

1966. Caserones-I, una aldea prehispánica del Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 2: 25-29. Antofagasta.

1976. Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile. *Estudios Atacameños* 4: 74-126. San Pedro de Atacama.

1979. Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza de una quebrada del norte chileno. *Atenea* 439: 163-213. Concepción.

1982. Temprana emergencia del sedentarismo en el desierto chileno: Proyecto Caserones. *Chungara* 9: 80-122. Arica.

1984. El asentamiento Pircas: nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el norte de Chile. *Estudios Atacameños* 11: 152-175. San Pedro de Atacama.

1985. Petroglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En: C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.), *Estudios de arte rupestre*: 243-264. Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino.

Núñez, P.

1983. Aldeas tarapaqueñas, notas y comentarios. *Chungara* 10: 29-37. Arica.

1984. La antigua aldea de San Lorenzo de Tarapacá, Norte de Chile. *Chungara* 13: 53-66. Arica.

Núñez, L. y C. Moragas

1977. Ocupación Arcaica temprana en Tiliviche, norte de Chile (I Región). *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 16: 53-78. La Serena.

Platt, T.

1987. Entre ch`axwa y muxsa. Para una historia del pensamiento político aymara. En: O. Harris et al. (Eds.), *Tres reflexiones sobre el Pensamiento Andino*: 61-32. La Paz, Hisbol.

Rivera, M., D. Shea, A., Carevic y G. Graffam

1995-1996. En torno a los orígenes de las sociedades complejas andinas: excavaciones en Ramaditas, una aldea Formativa del desierto de Atacama, Chile. *Diálogo Andino* 14/15: 205-239. Arica.

Sanhueza, J y O. Olmos

1979. Usamaya-1, cementerio indígena en Isluga Altiplano de Iquique, I Región-Chile. *Chungara* 7: 169-207. Arica.

Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer

1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000-1400 DC). En: J. Hidalgo et al. (Eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria*: 181-220. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Trigger, B. G.

1967. Settlement Archaeology – Its goals and promise. *American Antiquity* 32, 2: 149-160.

1968. The Determinants of Settlement Patterns. En : Chang, K. C. (Ed.), *Settlement Archaeology: 53-78*. Palo Alto, California, National Press Books.

True, D., L. Núñez y P. Núñez

1970. Archaeological investigations in northern Chile. Proyecto Tarapacá. Preceramic resources. En *American Antiquity* 35, 2: 170-184.

Uribe, M.

1996. Religión y poder en los Andes del Loa: Una reflexión desde la alfarería (Período Intermedio Tardío). Memoria de Título de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales. Santiago, Universidad de Chile.

Uribe, M., L. Adán y C. Agüero

2002. Dominio inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del Desierto de Atacama. *Boletín de Arqueología PUCP* 6: 301-336. Lima.

Vilches, F. y G. Cabello

2004. De lo público a lo privado: el arte rupestre asociado al Complejo Pica-Tarapacá. V Congreso Chileno de Antropología, Simposio Arte rupestre en Chile: entre el presente y el pasado. San Felipe. En Prensa.

Villagrán, C., V. Castro, G. Sánchez, F. Hinojosa y C. Latorre

1999. La tradición altiplánica: estudio etnobotánico en los Andes de Iquique, Primera Región, Chile. *Chungará* 31, 1: 81-186. Arica.

FIGURAS

1. Mapa satelital del área Pica-Tarapacá.
2. Plano de la Aldea de Caserones (Modificado de Núñez 1982).
3. Levantamiento topográfico de la Aldea de Camiña.

CUADROS

	Número de recintos	Superficie m ²	Densidad (n° rec/há)
CASERONES	636	37.500	170

Cuadro 1: Número de recintos y densidad ocupacional.

	HILADA				Total	APAREJO				Total	MATERIALES				ANCHO	
	simple	doble	doble/ relleno	n/o		Sed	Ru.	Rev	n/o		pedra	mortero	poste	barro/ adobe	Máx.	Mín
n	245	30	226	135	636	159	124	94	259	636	x	x	x	x	0.07	1.57
%	38.5	4.7	35.5	21.2	100	25	19.5	14.7	40.7	100	x	x	x	x	0.07	1.57

Cuadro 2: Características de los paramentos.

CASERONES	FORMA RECINTOS	no observable	Circular	Cuadrangular	Elipsooidal	Irregular	Rectangular	Subcircular	subcuadrangular	subrectangular	Oval	Subtriangular	Trapezoidal	TOTALES
	n	4	15	83	0	39	383	8	6	80	10	2	6	636
%	0.6	2.3	13	0	6.1	60.2	1.2	0.9	12.5	1.5	0.3	0.9	100	

Cuadro 3: Forma de planta de las estructuras.

CASERONES	Rango tamaño m ²	hasta 5 m	5,1 a 10	10,1 a 20	entre 20,1-40	entre 40,1 y 60	más de 60,1	no observable	TOTAL
	n	139	137	142	96	52	42	28	636
%	21.8	21.5	22.3	15.1	8.1	6.6	4.4	100	

Cuadro 4: Distribución del tamaño de los recintos.

	conj. 1-83	%	conj. 84-179	%	conj. 180-593	%
hasta los 5m ²	26	31	15	16	92	22
entre 5 y 10 m ²	15	18	21	22	96	23
entre 10 y 20 m ²	20	24	31	33	87	21
entre 20 y 40 m ²	11	13	19	20	61	15
entre 40 y 60m ²	7	8	8	8	33	8
más de 60 m ²	1	1	1	1	30	7
no observable	4	5	0	0	18	4
total	83	100	95	100	417	100

Cuadro 5: Tamaños y su distribución en los conglomerados.

	conj. 1-83	%	conj. 84-179	%	conj. 180-593	%
circular	7	8	2	2	14	3
cuadrangular	11	13	10	11	48	12
irregular	11	13	8	8	22	5
oval	1	1	2	2	7	2
rectangular	44	53	50	53	218	52
subcircular	0	0	0	0	4	1
subcuadrangular	0	0	1	1	4	1
subrectangular	5	6	10	11	46	11
trapezoidal	1	1	0	0	2	0
no observable	4	5	14	15	52	12
total	83	100	95	100	417	100

Cuadro 6: Formas de planta y distribución en los conglomerados.

	0-5m	%	5-10m	%	10-20m	%	20-40m	%	40-60m	%	60+m	%	n/o
cuadrangular	19	13,97	14	10,29	13	9,15	13	9,64	11	20,75	6	14,29	5
circular	1	0,74	0	0,00	1	0,70	1	0,74	0	0,00	0	0	9
irregular	6	4,41	8	5,88	8	5,63	10	5,93	5	9,43	3	7,143	5
oval	5	3,68	2	1,47	1	0,70	2	0,74	0	0,00	0	0	0
rectangular	71	52,21	80	58,82	85	59,86	46	63,01	22	41,51	23	54,76	5
subcuadrangular	1	0,74	2	1,47	1	0,70	1	0,74	1	1,89	0	0	1
subcircular	4	2,94	2	1,47	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0	0	1
subrectangular	16	11,76	12	8,82	16	11,27	13	11,86	8	15,09	2	4,762	2
trapezoidal	1	0,74	1	0,74	1	0,70	0	0,74	0	0,00	1	2,381	0
no observable	12	8,82	15	11,03	16	11,27	9	11,86	6	11,32	7	16,67	4
total	136	100,0	136	100,0	142	100,0	95	100,0	53	100,0	42	100	32

Cuadro 7: Formas de plantas y su distribución en categorías de tamaño de los recintos.

	Número de recintos	Superficie m ²	Densidad (n° rec/há)
CAMIÑA	588	30.200	184

Cuadro 8: Número de recintos y densidad ocupacional.

CAMIÑA	FORMA RECINTOS	no observable	Circular	Cuadrangular	Elipsoidal	Irregular	Rectangular	Subcircular	subcuadrangular	subrectangular	Oval	Subtriangular	Trapezoidal	TOTALES
	n	0	52	21	30	142	44	130	20	76	58	10	5	588
	%	0	8.8	3.5	5.1	24.1	7.4	22.1	3.4	12.9	9.8	1.7	0.8	100

Cuadro 9: Forma de planta de las estructuras.

	conj. S	%	conj. N	%
circular	17	6,88	13	7,93
cuadrangular	5	2,02	6	3,66
elipsoidal	21	8,50	7	4,27
irregular	53	21,46	39	23,78
oval	27	10,93	30	18,29
rectangular	19	7,69	7	4,27
subcuadrangular	0	0,00	5	3,05
subcircular	43	17,41	28	17,07
subcuadrangular	9	3,64	0	0,00
subrectangular	42	17,00	28	17,07
trapezoidal	2	0,81	1	0,61
no observable	9	3,64	0	0,00
total	247	100,00	164	100,00

Cuadro 10: Formas de planta y su distribución en los conjuntos N y S.

	0-5m	%	5-10m	%	10-20m	%	20-40m	%	40-60m	%	60+m	%	n/o
cuadrangular	2	5	1	1,92	6	4,58	2	1,53	0	0,00	0	0,00	0
circular	9	22,5	4	7,69	1	0,76	0	0,00	0	0,00	0	0,00	16
elipsoidal	0	0	4	7,69	7	5,34	13	9,92	1	5,26	1	16,67	2
irregular	4	10	13	25,00	33	25,19	28	21,37	7	36,84	2	33,33	5
oval	2	5	6	11,54	17	12,98	30	22,90	2	10,53	0	0,00	0
rectangular	2	5	4	7,69	9	6,87	7	5,34	3	15,79	1	16,67	0
subcuadrangular	2	5	1	1,92	4	3,05	5	3,82	0	0,00	0	0,00	2
subcircular	13	32,5	10	19,23	27	20,61	14	10,69	1	5,26	1	16,67	5
subrectangular	4	10	7	13,46	25	19,08	28	21,37	5	26,32	1	16,67	0
trapezoidal	1	2,5	1	1,92	1	0,76	0	0,00	0	0,00	0	0,00	0
no observable	1	2,5	1	1,92	1	0,76	4	3,05	0	0,00	0	0,00	4
total	40	100	52	100	131	100	131	100	19	100	6	100	34

Cuadro 11: Rangos de tamaño y su distribución en las formas de planta.

	HILADA				Total	APAREJO				Total	MATERIALES			ANCHO	
	simple	doble	doble/relleno	n/o		Sed.	Ru.	Celular	n/o		pedra	mortero	barro/adobe	Máx.	Mín.
n	357	44	163	24	588	3	309	5	271	588					
%	60.7	7.4	27.7	4.08	100	0.5	52.2	0.8	46	100	x	x			0.07 1.07

Cuadro 12: Características de los paramentos.